

Rajab. Una vida en “la línea de demarcación”

Esta figura de “escasa relevancia”, en el gran panorama bíblico, inspira al autor una reflexión personal interesante. La referencia constante al mundo hebreo, en el que la palabra “historia” es femenino plural. El reenvío a Adán y sobre todo a Eva. La protagonista, en medio de sus ambigüedades, es una mujer generosa. El sentido de su nombre que parece contener sus vicisitudes. Ser mujer en “la línea de demarcación” significa que permite que el “dentro” y el “afuera” coincidan, para agrandar el espacio de amor de su corazón.

Durante años, la figura de **Rajab**, tal como se nos narra en el libro de **Josué 2,1-21**, ha permanecido en mí como en núcleo escondido, como taciturno embrión.

Lo que sigue no es un análisis exegético ni un comentario teológico del texto. Sino sencillamente es el fruto de varios encuentros en torno al texto, con algunos amigos que también ellos han aportado su contribución, sin más competencia que el privilegio de un contacto directo con el texto, a través de la lengua hebrea. Así pues, es un intento de compartir mi encuentro personal con una dama, Rajab, que vivió guiada por el instinto, a partir de una intuición, de sentimiento, quizá de curiosidad y de dudas tenaces. Sencillamente esto.

En hebreo, la historia es femenino plural. *Toledot* significa “generaciones”, es decir, el resultado de nacer y morir. Entre un verbo y otro, está la vida. La historia viene del seno de la mujer, comienza con un espasmo de trabajo y un hombre

que “surge”, que viene al mundo. “Eva”, en hebreo evoca, significa: presente. La mujer es la que hace nacer el presente, le da alma y cuerpo. El hombre, y esto, a partir del primer hombre, da un nombre a las cosas. Y mientras que el hombre pone el nombre, Eva se ingenia en vivir, inventa el tiempo presente: no el que se extrae del nombre, sino el que se sitúa entre el nacer y el morir, engendrando. Eva es más discreta en sus palabras. Se ocupa de alimentar, ella no otorga nada. Así va la vida. Desde que el mundo es mundo y desde el momento no repetible en el que Eva prueba y ofrece el fruto, que no es el conocimiento, sino la sede de éste.

La mujer y la serpiente nos hacen pues, el regalo de un conocimiento. Una forma especial de conocimiento. Por esto la maldición que recae sobre Eva, es una triste mezcla de dolor físico y espiritual, de dolor de espalda y de corazón. Los ataques que en adelante padecerá la mujer inexorablemente en su vida son diez, dice la tradición hebrea (cf. Gen 3,16). Tantas serían las gotas de sangre como las menstruaciones y la virginidad quebrada. El dolor y la angustia de educar a sus hijos, el “trabajo” y el sufrimiento de llevar en su seno. Entre las maldiciones, la que se infligió a Eva es ciertamente la más penosa. El Señor anuncia al hombre el cansancio y el sudor, pero no el trabajo. A la

mujer le corresponde solamente un dolor que es carne y espíritu juntos, dolor agudo del parto y melancolía indescriptible.

A través del ultraje bíblico, a la mujer se le ha dado una percepción de ella y del mundo, en la que el dentro y el afuera convergen; hasta la epidermis está cambiada



incluso en sus fibras más ocultas. Y como si Dios le hubiera dicho: "Tú sufrirás aquí y allá, no te tomes el trabajo de diferenciar un dolor del otro". Es como si también le hubiera dicho: "Estás en la frontera, sé mujer de la línea de demarcación". Sí, tal como eres, sé la puerta de acogida. Sencillamente esto. Rajab es una mujer generosa. Hasta su nombre lo dice – empleado como adjetivo, significa "amplio", "ancho"-. Es toda longanimidad. También valiente. Y lo es con la inconsciencia de quien, cuando la ves, no comprendes por qué obra de esa manera: no es por miedo, ni por convicción, ni por ideología. Lo hace guiada por su instinto. No es el temor, de hecho, el que lleva a Rajab hacia el enemigo, estando segura de que él ganará la batalla. Rajab tiene un nombre poderoso, que indica la extensión: ella ve y hace más que los demás. Es previsora. Se arroja con los ojos y con el corazón un poco más adelante que los demás. La vista que se le ofrece desde el techo de su casa es mucho más extensa que la de los demás: por una parte, la ciudad con los secretos que se esconden bajo sus terrazas; por otra parte el desierto y el Mar Muerto y ese Mar Rojo que los hijos de Israel atravesaron a pie enjuto, gracias al mérito del Señor de los Ejércitos. Rajab sabe todo esto: lo ha visto y oído, porque vive al extremo límite de la ciudad. Su morada es una casa clavada en las murallas, algo en las afueras y al mismo tiempo en los lugares habitados. En las fronteras -y en ellas la realidad es más variada, más abierta- Rajab la ve así: desde dentro y desde fuera al mismo tiempo. Como bajo los límites de una frontera no metafórica y tampoco



imaginaria, sin embargo tangible: una especie de contrato de fronteras, la cuerda que permite a los exploradores descender de la ventana de su propia casa, sobre la vertiente que se vuelca en el desierto, y el cordón de hilo escarlata atado a la misma ventana que le permite ser reconocida y salvada al mismo que su familia, la única en toda la ciudad.

Rajab es una equilibrista de la historia. Un acróbata sobre un hilo: lo mismo que sea una línea de frontera entre un "dentro" y un "afuera", una cuerda que desciende valerosamente desde la ventana, un hilo escarlata para hacerse distinguir de los demás. Y lo es con gracia, razón, y humanidad profundas. Su virtud más fuerte es la de estar así, sobre el hilo. Pero precisamente porque se encuentra en equilibrio a lo largo de este estrecho margen, Rajab ve lo que, para los demás está oculto; Rajab siente cosas que, el que se encuentra solamente dentro, gozando con arrobo de su propio mundo, no es capaz de imaginar. Del horizonte que su propia casa, sobre los salientes de las murallas, le pone ante sus ojos, Rajab ha visto los prodigios del Eterno, ha escuchado el júbilo de Israel cuando el mar se dividió para dejar pasar a las tribus que huían de Egipto. En la ciudad, nadie se dió cuenta de ello.

¿Por qué Rajab vive ahí, sobre la lí-

nea de demarcación? ¿Por qué su historia es una historia sobre la frontera, entre el "dentro" y el "afuera"? Rajab pertenece a Jericó, pero no completamente; Jericó le pertenece, pero no por entero. En una cierta medida, a juzgar por el lugar y por la manera en que se comporta, es una extranjera en su propia casa. Opta por la fidelidad al enemigo, al mismo tiempo que no traiciona a la ciudad; se contenta con ofrecer en regalo la vida a dos hombres desconocidos, que, a cambio se la devolverán en un momento dado. Todo depende de un hilo: primeramente del que les hace descender, después del que la permite ser reconocida, ella y su familia. Si no fuese porque Rajab habita casi en las murallas de la ciudad, nada de esto hubiera podido ocurrir. Los exploradores no hubieran encontrado la salvación saltando por la ventana, y nadie afuera, alguien que se dirigiera aprisa hacia la ciudad para molestarla, hubiera podido reconocerla. La demarcación es su salvación. ¿Pero, por qué Rajab habita en los límites?.

De ella, los narradores dicen que era una "Zonah". Una palabra compleja y también chocante. En hebreo, significa tradicionalmente "prostituta". Sin embargo no es una afirmación, ni un genérico peyorativo. Algunas traducciones dicen que Rajab era una "posadera". Más bien sería una "nodriza". La palabra "zonah" procede casi con seguridad de la misma esfera semántica que la de nutrición: comida, alimento, suministro. Esta palabra ha tomado –de manera casi fuerte- una connotación sin duda negativa: indica todo lo que, en términos de amor, es ilícito. Abyecto. Idolátrico. La "zonah" es una pervertida y una ex-



traviada, esta palabra es un pacto ilícito abominable. Es una palabra en verdad muy fuerte. Sin embargo, en filigrana se lee también –y sin equívoco– esta idea de una mujer que alimenta. Tanto es así que, compadecidos por el fin feliz de la historia, son muchos los traductores que han hecho de Rajab un futuro miembro del pueblo de Israel, una heroína del temor y al mismo tiempo del valor: precisamente una posadera, en lugar de una prostituta.

A Rajab le esperan radiantes descendientes a lo largo de su árbol genealógico de la historia sagrada. Y además, Rajab no es una mujer arrepentida. Rajab no es una persona que comprende que ha hecho y ha pensado mal hasta un determinado momento, y que en este momento preciso en que la historia se hace digna de ser narrada, ella se enmienda. Es simplemente una mujer inteligente y sensible, que vive en los límites de la ciudad. Salvada, no cambia de vida, ni accede a tener nuevos sentimientos. En ella, no existe el arrepentimiento, solamente, –y es mucho más– una conciencia constante del lugar del mundo en el que ella se encuentra. Rajab abandona la historia intacta, en el momento preciso en que la ha vuelto a coser con perfectos puntos de sutura, después de haber mirado a lo lejos hacia el desierto:

Jericó está ahora en manos de Israel, el pueblo prosigue su camino hacia la Tierra Prometida.

Queda sin embargo el misterio sobre esta conexión vital entre la que alimenta y la que ofrece. Son formas diversas, pero cercanas, de generosidad femenina. Rajab sin embargo está devorada por un temor justificado, cuando acoge, esconde y ayuda a huir a los exploradores de Israel. Ha comprendido, sin ningún género de duda que vencerían y que, para sobrevivir, necesita ponerse del lado de los vencedores. Pero fuera de este sentimiento, está su conciencia personal de mujer que vive en los límites, en las murallas de la ciudad, a mitad de camino entre el “dentro” y el “afuera”. Ni dentro ni afuera. Es esta tan difícil posición, al mismo tiempo en cierta manera privilegiada, la que le ha permitido mirar más lejos que sus conciudadanos, tanto en el tiempo como en el espacio. Pero su historia no es tan generosa como lo es sentimental. Quizá permanecer en la línea de demarcación agranda el corazón, las vísceras se vuelven más permeables a la compasión. En el fondo, Rajab no hace más que tender una mano, en lugar de dar marcha atrás. Es lo que nos explican la cuerda que descende de la ventana y el hilo escarlata que después de cierto tiempo continuó a

devolver a su sitio su vocación de “zonah”, es decir de una mujer que acoge, bien sea con algo de alimento, o bien sea con su propio cuerpo.

En la Torah, otras mujeres como ella, están en equilibrio en la línea de demarcación. Pero no todas dan testimonio de la misma grandeza de alma. Las dos madres que se enfrentan en el juicio de Salomón, por ejemplo (1 R 3,16-28); también ellas son dos criaturas tomadas al azar, pero, de lo que se nos narra de su vida, se deduce algo de precario, en los límites de la normalidad. Para ellas, todo se desarrolla en la escena de esa noche: nacimiento, sueño, amantamiento, despertar, muerte. Por el contrario, ser mujer en los límites significa, en el fondo, permitir que el “dentro” y el “afuera” coincidan y para ello es preciso un corazón capaz de un amor rebosante. Un corazón grande lo mismo en la sabiduría que en la debilidad, admirable y frágil a la vez, flexible como un junco, que se pliega a un golpe de viento. Un amor como una ventosa volátil que se fija en cualquier lugar donde se encuentre, como esos granos de un arbusto hechos de espinas y de pelos viscosos, que no es fácil de despegar sin hacerse daño. Un amor que se transforma todos los días en arrebatos de abrazo. Y corazones más cercanos que nunca.

Hna. Marialuisa Buratti

Hna. Marialuisa Buratti

